

FERNANDO DE HARO

ESPERANZA



RAZONES PARA VENCER EL MIEDO

Un diálogo que explora la cultura occidental contemporánea desde la esperanza cristiana. Una visión novedosa que supera tanto el pesimismo cultural como el optimismo ingenuo: vivir sin miedo no significa tener todas las respuestas, sino descubrir que cada desafío puede ser una ocasión para un descubrimiento más profundo.

SEKOTIA

FERNANDO DE HARO

Esperanza

Razones que vencen el miedo

SEKOTIA

SEKOTIA

www.sekotia.com

@sekotia

© Fernando de Haro, 2025

© EDITORIAL ALMUZARA, S. L., 2025

Primera edición: mayo de 2025

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

SEKOTIA • COLECCIÓN REFLEJOS DE ACTUALIDAD

Editor: HUMBERTO PÉREZ TOMÉ ROMÁN

info@almazaralibros.com

Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4

C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

Imprime: Gráficas La Paz

ISBN: 978-84-19979-96-4

Depósito legal: CO-707-2025

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

A mis padres

ÍNDICE

PRÓLOGO	13
CAPÍTULO UNO	
SI SUEÑAS CON OTRO MUNDO ES QUE TE HAS RENDIDO	17
CAPÍTULO DOS	
UN BUEN HIJO DE LA CULTURA OCCIDENTAL TIENE LA VIDA POR DELANTE	31
CAPÍTULO TRES	
NOS CONOCEMOS SI FRECUENTAMOS DESCONOCIDOS.....	43
CAPÍTULO CUATRO	
ESTAMOS CONDENADAMENTE HAMBRIENTOS Y ESA ES NUESTRA FUERZA.....	55
CAPÍTULO CINCO	
ESPERAMOS INCLUSO CUANDO NO QUEREMOS ESPERAR.....	69
CAPÍTULO SEIS	
PROGRESO ERES TÚ.....	79
CAPÍTULO SIETE	
HAY RAZONES Y PRESENCIAS A LAS QUE NO DERRUMBA EL MIEDO.....	89
CAPÍTULO OCHO	
LA NIÑA ESPERANZA SE ALIMENTA DE PRESENTE.....	99
CAPÍTULO NUEVE	
CRISTIANISMO, NO CRISTIANDAD	109
NOTA BIBLIOGRÁFICA	119

A los lectores:

Este libro es un diálogo, un género de ficción que se usó mucho en otra época, para buscar, como decía un clásico, “un saber nacido de preguntas y contradicciones, de la polémica y del concierto de la conversación”. En los antiguos diálogos, también llamados coloquios, los personajes deambulaban por las calles mientras hablaban entre ellos, se hacían reverencias o comentaban algún suceso. Eran las llamadas acotaciones. En estas páginas sucede lo mismo. El lector no tiene entre sus manos un ensayo en el sentido estricto, sino algo más libre y accesible: un artefacto literario concebido para defender y transmitir las experiencias que hacen posible la esperanza.

PRÓLOGO

Todas las novelas oscilan entre lo que nunca ha pasado y lo que siempre sucede. Tal es la condición de la ficción y, si se quiere, del arte. Las historias que merecen la pena ser contadas nos interpelan porque, a través de una sucesión de anécdotas, son capaces de comunicarnos aquello que nos conmueve o que, al menos, nos interpela de manera íntima. Por eso, en la literatura, al igual que en la filosofía, hay temas que están permanentemente presentes y que, de algún modo, nutren el caudal de la gran tradición. El amor, la muerte, la ausencia o la esperanza son tópicos que vinculan todos los relatos, desde Homero hasta la más contemporánea de las buenas historias.

Juana, la protagonista de este libro, desvela su condición desde el principio. Está, como tantos en nuestros días, enferma de nostalgia. Pero esa enfermedad tiene algo de lucidez, pues tal vez no haya manera de ejercer la humanidad si no es echando en falta un mundo distinto. La literatura comenzó precisamente así, con Hesíodo añorando la existencia de una raza de hombres de oro que se perdió en el tiempo. Y así también avanza la vida de casi todas las personas que tuvimos, por fortuna, una infancia feliz de la que el tiempo nos aleja.

Las emociones no son solo experiencias privadas. Hay pasiones de época que describen un momento o un instante exacto de una cultura. Bauman alcanzó a diagnosticar que nuestra época, como Juana, está enferma de nostalgia. Miremos donde

miremos, da la sensación de que ya nada es lo que era y de que en el mundo —pero, desde luego, en España— se extiende una suerte de conciencia terminal, como un 98 eterno. No todo, pero mucho de lo que nos distinguió como civilización se encuentra ahora en riesgo, sin que queramos asumir que todo lo que ocurra dependerá de nosotros. O tal vez sea precisamente eso lo que nos aterra.

Las nuevas generaciones, así lo advierte un personaje de esta historia, parecen sentir culpa por haber venido al mundo. Una culpa injustificada, pero no por ello menos real ni menos vigente. El viejo orden de valores nos abandonó por nuestro propio esfuerzo, y muchos de los dioses en los que creímos marcharon para dejar paso a otros ídolos menos buenos y, sobre todo, nada compasivos. En el fondo, es absurdo preguntarnos si hoy vivimos mejor o peor que nuestros padres, porque todas las circunstancias, al igual que todas las vidas, son incomparables por ser, precisamente, irrepetibles.

Lo que sí sabemos es que hubo otro tiempo —acaso materialmente más duro y políticamente menos próspero— en el que los hombres y las mujeres miraban al futuro de otro modo. Por más que su circunstancia fuera precaria, y a pesar de lo mucho sufrido, aquella gente sabía confiar en el tiempo que vendría. Esa es otra de las claves que orientan la condición humana y que nuestra tradición desveló ya en el Antiguo Testamento. La espera con la que se aguarda el tiempo nuevo ni puede ni debe estar atravesada por amenazas ni por miedos.

Pedro Laín Entralgo nos legó una bella y reveladora anécdota de André Gide. El escritor francés viajaba por el Marruecos español cuando reparó en una sala de espera, en una estación de tren. Con esa lucidez que procuran los errores involuntarios, el Nobel de Literatura se dio cuenta de que los españoles confundimos la espera con la esperanza. Los dos vocablos, ciertamente, están diferenciados, pero su proximidad material nos recuerda que, en efecto, no hay esperanza sin espera y que,

de hecho, la esperanza es algo que solo puede ejercerse sublimando la paciencia. Otra vez el tiempo por venir.

En la historia de este libro, el testimonio de cada uno de los personajes encarna una posible actitud frente a ese tiempo que se fue y aquel otro que todavía no ha llegado. O casi deberíamos decir «contra» ese tiempo, pues es así —contra el tiempo y afanándonos en engañar al viejo Cronos— como vivimos las personas. Que la nostalgia tiene algo de enfermizo es algo que sabemos desde su origen, pero lo peor de la nostalgia no es su añoranza por lo perdido, sino, sobre todo, su condición de amenaza. Si de verdad el pasado pudo ser mejor que el presente, todas las razones apuntan a que el futuro será temible. Y ese temor es una de las peores condenas que orbitan sobre nuestras cabezas.

Existen, por supuesto, indicios fundados para mostrarse prudentes de cara al tiempo que viene. Pero esa esperanza en la espera nos recuerda que, en ocasiones, hay cosas mucho más importantes que las evidencias o los indicadores futuros. A diferencia de la expectativa, que es una prognosis futura basada en razones, la esperanza opera como una verdadera gracia o como un recurso de urgencia. El mundo emite señales inquietantes a las que solo cabe responder con una actitud que quizá no sea enteramente de este mundo. Chesterton propuso que había que odiar y amar al mundo: teníamos que odiarlo para querer cambiarlo, pero debíamos amarlo al mismo tiempo para tener buenos motivos para emprender esa transformación. Se trata, sospecho, de odiar el mundo presente por amor a un mundo futuro. Nada más contrario a la nostalgia.

Con la esperanza y el miedo ocurre algo parecido. Las amenazas de la realidad cotidiana nos aterran, pero al mismo tiempo nos conminan y nos exigen ponernos a la obra para transformar la circunstancia en la que vivimos. Y ese afán solo podrá alcanzarse declarándole la guerra no al mundo, sino al miedo. En las páginas que siguen, se explican algunos de esos miedos

a través de personajes que nos recordarán a nosotros. Viajarán a un balneario, escucharán a algún ser humano arrepentido y, como en tantos buenos libros, hasta aparecerán los lobos.

Un último aviso antes de empezar: honestamente, creo que la esperanza no es una forma de optimismo. La esperanza es una encomienda casi imperativa que recuerda incluso a aquella singularísima exhortación que escuchamos los cristianos. No temer, no tener miedo, confiar en una palabra incluso por encima de nuestros propios sentidos es una tarea tan seductora como compleja. Cuanto más grite el dolor del mundo, más necesaria será.

DIEGO S. GARROCHO

CAPÍTULO UNO

SI SUEÑAS CON OTRO MUNDO ES QUE TE HAS RENDIDO

A Juana la conocí por casualidad. Visito casi a diario a una tía mía cuando pasa temporadas en la ciudad en la que vivo y se aloja en el viejo balneario que hay a las afueras. Fue allí donde nos encontramos. Subo al balneario en autobús. Los de aquí, los de toda la vida, decimos «subir» porque la casa de aguas se construyó en la falda de nuestra pequeña sierra tras descubrirse las propiedades termale de un arroyo que se asoma en su ladera sur. Eso fue a principios del siglo pasado. Se levantó entonces un hotel de dos pisos con una decoración que quería ser modernista. La carretera se estrecha a dos kilómetros del centro termal y serpentea pronto entre palmeras, naranjos y cipreses. El edificio ha envejecido bien gracias a algunas reformas. Desde la recepción, se baja por una escalera hasta dos piscinas cubiertas con una bóveda de ladrillo. Los dueños se lo iban a traspasar a una cadena multinacional que tenía proyectado construir un *spa* con servicios de lujo, pero algunos imprevistos de última hora impidieron culminar la venta.

El balneario continúa fuera de los circuitos turísticos y aloja, sobre todo, a gente de la provincia. Las termas no constituyen la principal atracción. Los precios son razonables y hay ofertas de todo tipo: para los que repiten, para los que reservan más de una semana, más de un mes o más de doce. Hay huéspedes que viven allí casi todo el año. Otros pasan largas temporadas. Las habitaciones, espaciosas y cómodas, permiten no hacer uso de los salones. Es un buen refugio para solteros —para *singles*, como se dice ahora—, o para matrimonios con una pensión generosa que retrasan el ingreso en un asilo. Hace tiempo, un opositor de buena familia, cuando venía de su pueblo para cantar los temas a su preparador, se albergaba en una habitación de la primera planta. Suspendió varios años, lo dejó y ahora ha abierto varias tiendas de carcasas para móviles. Le va bien.

Es fácil «subir y bajar», lo que supone un atractivo añadido. La línea de autobús tiene parada a pocos metros de las puertas del balneario. También se puede llegar a las calles más comerciales dando un paseo. La cocinera es considerada por los clientes una artista y las dos fisioterapeutas que dan masajes por turnos también han estudiado enfermería. Acuden en socorro de los muchos hipocondriacos que creen empeorar con los baños. Los recepcionistas, especialmente el de la mañana, auxilia a los huéspedes en todo aquello que se les ofrece.

Para entrar en el recinto hay que llamar a un timbre que suena sin estrépito. No hay que esperar apenas, la cancela que da a la calle se abre con diligencia gracias a un dispositivo que se activa desde el interior. Un camino de albero cruza un jardín con la grama bien cortada, algunos rosales y dos sauces llorones que dejan caer, lánguidos de nostalgia, sus ramas hasta el suelo. La nostalgia fue precisamente lo que llevó a Juana a solicitar una habitación en aquel singular hotel.

Ya digo que la conocí de un modo fortuito. Desde nuestra primera conversación intuí que, aun siendo joven, vivía en el pasado. Mi tía se quedó viuda hace tiempo y sufre de artritis.

Todos los años suele —como digo— instalarse varias semanas en el balneario. Las aguas no le hacen sentir mejoría alguna, pero utiliza sus dolores como pretexto para salir del pueblo. Siempre me pide que esos días desayune o cena con ella. Me pone entonces al día de las novedades de nuestros parientes. Está convencida de que, sin su ayuda, habría perdido toda relación con mi familia. Mi trabajo en el ayuntamiento me permite ciertas licencias y disfruto dándole gusto.

Mi tía es capaz de pegar la hebra con cualquier desconocido. Una noche, en la cena, se sentó en la mesa de Juana. La que luego fue mi amiga respondió a las primeras preguntas con monosílabos. Pero mi tía, a pesar de todo, consiguió mantener una larga conversación. Ella hablaba y Juana escuchaba. Y a pesar de su mutismo, mi tía consiguió enterarse de que sus padres eran de nuestro pueblo y de que, probablemente, en tiempos remotos las dos familias habían estado relacionadas. Juana, amante de las raíces profundas, había estado trabajando en una genealogía. Mi tía decretó que en dos o tres cenas, con un poco de esfuerzo, acabaríamos encontrando ese remoto vínculo que nos unía. Pero el día antes de que se volviese al pueblo no teníamos nada aún. Ella insistió, estaba convencida de que el asunto era urgente. A Juana le arrancó el compromiso de atenderme y a mí el encargo de visitarla para plantearle las cuestiones que se le fueran ocurriendo. Los martes y los jueves recibía una llamada puntual de mi tía, que me dictaba una docena de preguntas. Las apuntaba y, cuaderno en mano, me dirigía al balneario para trasladárselas a Juana.

Junto a la puerta casi siempre había una señora de edad difícil de precisar, con los labios pintados de rojo, que sonreía al verme. Fumaba sin parar. Tras subir tres escalones y entrar en el recibidor, el ruido y las preocupaciones de la ciudad se alejaban de la mente del visitante. Los reflejos rojizos de los muebles, las lámparas pasadas de moda, el sonido de las horas, las medias y los cuartos marcados por un esforzado reloj

y los visillos delicados que cubrían las ventanas creaban un ambiente de casino de provincias. Todo era viejo pero el personal se esmeraba en mantenerlo cuidado y limpio. La cera con la que se pulía la madera todas las semanas dejaba en el aire un olor noble, el de la lucha por evitar que la tradición se reseque, se acartone y acabe abandonada en el trastero de la historia.

Juana misma, ávida lectora y muy curiosa con todo lo que tenía que ver con las enfermedades del alma, me contó que había decidido alojarse en el hotel porque la añoranza del pasado la había dejado sin energía. No era capaz de ocuparse de las cuestiones domésticas. Las preguntas de mi tía sobre un parentesco que no aparecía la animaban. Para explicarse movía sus manos pequeñas, en las que parecía concentrarse toda su inteligencia. Poco a poco empezó a hablar, con timidez, de sí misma. En los momentos de mayor lucidez se daba cuenta de que había idealizado los tiempos pasados. Las imágenes de edades más o menos remotas se solidificaban en su ánimo hasta dar forma a unos barrotes que la tenían presa. No es que hubiese atado su vida a la evocación de recuerdos lejanos. No, no era una cuestión de recuerdos. Era otra cosa, porque en realidad no había tenido experiencias del pasado al que se refería. No habría podido guardarlas en su memoria de ningún modo, ese pasado nunca había existido. No se engañaba, sabía que todas aquellas representaciones nacían de su inseguridad, de su incapacidad para afrontar la vida tal y como se le presentaba. No veía en ella nada luminoso, por pequeño que fuera.

No logramos encontrar un ancestro común, pero Juana me pidió que siguiera visitándola. Por primera vez en mucho tiempo tenía a alguien con quien hablar. Me confesó que vivía bajo el sol negro de la nostalgia porque le dolía, como duele un ataque de gota, la percepción de que el tiempo se marcha sin apelación posible. Me reconocía —nunca le faltaba lucidez— que la nostalgia la paralizaba. También tenía sus ventajas: le permitía construirse un pasado sin culpa. Era un eximente

casi perfecto para cualquier tipo de responsabilidad. En cierto modo se sentía cómoda bajo los rayos del sol oscuro y opaco que dominaba sus días. Su rendición le consentía abandonar esa batalla que la razón y el sentimiento emprenden cuando se adentran en lo desconocido, cuando se lucha por entender qué ocurre y se quiere descubrir en cada cosa que sucede cuál es su conveniencia.

Sin las explicaciones de Juana no habría sabido que la palabra «nostalgia» es relativamente nueva, aunque deriva de dos términos griegos: *nostos* («vuelta a casa») y *algos* («sufrimiento»). La utilizó por primera vez Johannes Hofer, un médico alsaciano que presentó su tesis en 1688 en la Universidad de Basilea. Hofer estaba preocupado por el gran número de casos de añoranza que descubría entre los mercenarios suizos que querían volver a su hogar.

Mientras escuchaba a Juana, pensaba que la nostalgia no es simplemente el deseo de regresar a la cabaña de un valle alpino que un día se abandonó. Si solo fuera eso, a ella no le habría indisputado ni habría quebrado su salud. Al oírla me acordaba de una de las historias que me contaba mi abuelo, que fue maestro. Una y otra vez refería las venturas y desventuras de Ulises. El padre de mi padre me había explicado que el protagonista del relato era un personaje que vagó durante mucho tiempo por el Mediterráneo. Después de pasar por innumerables trabajos, retornó a la isla de donde había salido. Allí le esperaban su perro y su mujer, que trabajaba en un telar mientras intentaba espantar a unos pretendientes que se comían su hacienda. Cuando Ulises consiguió poner de nuevo el pie en su hogar, su casa ya no era su casa. Si uno vuelve donde vivió y entra en el patio que un día fue una fuente con agua y la fuente ya no canta, el agua solo suena en su alma. En cualquier caso —pensé al poco de conocerla—, si Juana sufría no era porque se pareciera a Ulises. Su problema no era que el regreso fuese imposible o que, al llegar, su casa hubiese cambiado. Juana estaba

enferma de nostalgia porque soñaba —insisto— con el retorno a una habitación en la que nadie había vivido.

Carmen, una de las fisioterapeutas, que había hecho el bachillerato de Humanidades, me explicó que la afección de Juana no era muy original. Ya la habían padecido muchos europeos después de la Revolución francesa, muchos artesanos cuando estalló la Revolución industrial, muchos jinetes cuando el automóvil se generalizó.

—Es un mal que afecta a progresistas y conservadores —añadió la enfermera—. Karl Marx, el inspirador del comunismo, era un nostálgico cuando añoraba un mundo anterior al capitalismo, menos corrupto y represivo.

Al acabar una de nuestras conversaciones, Juana me entregó un billetito. Había copiado para mí un párrafo de Jean Le Bel, un cronista belga del siglo xiv. Sus letras se asemejaban a un ejército de insectos negros saltando en un pañuelo. El texto decía: «Me parece que en mi época las cosas han cambiado mucho: han desaparecido los espléndidos caballos enjaezados y los yelmos con cresta de antaño, también las brillantes placas y los escudos heráldicos... Hoy en día un humilde paje está tan bien y tan finamente armado como un noble caballero». Me lo entregó sin hacer comentario alguno. Me marché abrumado, en silencio. Juana se quedó en el hotel añadiendo recuerdos a su recuerdo, dolores a su dolor. Pensé: «Juana es un “fue” y un “es” cansado. Hay poco “seré” en ella». Releí varias veces el texto en el que Jean Le Bel se delataba como un nostálgico. Algo de lo que decía me sonaba. Así que cogí la versión abreviada y traducida del *Quijote* que tengo en casa, que es la única de la que había conseguido leer algunos fragmentos.

El Caballero de la Triste Figura, como Jean Le Bel, arrebatado por un ataque de nostalgia, exclamaba en un pasaje: «Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro [...] se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque

entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes». Me sorprendí al constatar que a don Quijote no le gustaba que las mozas se taparan mucho: «Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que ahora se usan». En una nota de la versión abreviada se explicaba que en muchas lenguas existen expresiones para desahogos como el que había tenido el Caballero de la Triste Figura: «*the good old days*», «*the good times have all gone away*», «*il buon tempo antico*», «*le bon vieux temps*», «*the former age*»...

Juana, más que hablar de su vida, hablaba de las heridas que le había causado la vida, sin concretar cuál era su origen. Hablaba de ellas de un modo abstracto, sin relatar suceso alguno. Se limitaba a señalar que era muy desgraciada. Su ánimo se parecía a un cuerpo con los tejidos destruidos. Todos los miembros seguían en su sitio, sin embargo sus fibras estaban atravesadas por un desgarro que les quitaba fuerza. Juana se arrastraba y reptaba con dificultad entre pensamientos que no levantaban el vuelo. Eran ideas espesas como el lodo de un pantano. Muy a menudo nacían de pequeñas minucias: una mancha en el cristal de una ventana, un gesto ambiguo de una de las personas que la atendían... Cualquier cosa podía provocar que su mente se enfangara durante muchas horas, e incluso días, con ideas y sentimientos alimentados por un agravio ficticio. Juana, enredada en reflexiones que se asemejaban a cepos para cazar lobos, nunca expresaba una mínima estima por el presente. Me imaginaba a veces que estaba prisionera entre los mil tentáculos de un monstruo marino. No me atrevía a preguntarle qué causaba todo aquello. De vez en cuando soltaba pequeñas migajas referidas a su infancia y su juventud, pero

eran cosas de poca sustancia: recuerdos sueltos de los olores de una cocina, de los colores de algunos amaneceres, de ciertos gestos de un maestro. Menudencias insuficientes para que pudiera reconstruir la historia de sus orígenes, de las personas a las que había amado y que le habían querido, de su familia, de los lugares que había visitado. Era sin duda una mujer que había viajado, que había leído. Aunque a veces sorprendía con una laguna de ignorancia inesperada.

Cuando comentábamos algún suceso de actualidad, Juana evocaba un acontecimiento histórico para reafirmar su idea de que vivíamos en una tierra baldía, en los años de la devastación. Pero la comparación nunca era con una vivencia, con una experiencia. Por eso permanecía muchas veces lejana, enigmática. Otras, sin embargo, quería darme a entender que éramos cómplices, que compartíamos un secreto que el mundo no conocía. En esos momentos se mostraba eufórica, pensaba que yo era uno de los suyos, un agraviado.

Lo de Juana no era melancolía. Lo suyo era un reino en el que solo amanecía un sol de betún. La melancolía es otra cosa; tiene dentro, como toda tristeza, un muelle que empuja hacia arriba. La melancolía nace de una desilusión: de pronto quedamos desencantados por una gloria alcanzada, una belleza, un amor en el que habíamos puesto todo nuestro afán y que, por fin, es conquistado. Y caemos desde lo alto. Y cuando quedamos hechos jirones, defraudados, es cuando nos sentimos libres. «Una y no más», nos decimos. «Una y no más». No estamos dispuestos a contentarnos ya nunca con un amante como el que nos ha engañado y nos ha dejado abandonados en el cubo del material orgánico. Desencantados, nos ponemos otra vez en movimiento porque no hay monstruo marino, aunque tenga un millón de extremidades, que pueda detenernos en nuestra carrera por encontrar otro amante que, este sí, nos dé una satisfacción duradera.

Juana no recibía muchas visitas. Solo de vez en cuando aparecían conocidos y familiares lejanos que a menudo no volvían.

En una ocasión me encontré, por ejemplo, con una señora que regentaba una mercería. A Juana, antes de instalarse en el balneario, le gustaba entrar en las tiendas de su barrio y hacer algún gasto en ellas. Hubiera podido abastecerse en un centro comercial, pero alardeaba de apoyar el comercio local. La tarde de la mercera se fue en una especie de combate entre las dos mujeres por demostrar quién sabía más de sábanas de Holanda, bieses, botones, pasamanerías y puntillas.

Un día, al entrar en la sala, la encontré rodeada de tres jóvenes: dos chicas, una rubia y una morena, y un chico. Aquella Juana era otra que no sabía que existiese hasta ese momento. Diría que casi estaba alegre, si no temiera exagerar. Los tres jóvenes eran hijos de amigos de Juana, compañeros de un colegio internacional. Aquella tarde, no sé muy bien por qué, la sacaron de su pasado remoto. No hablaron de sus padres. Discutieron de lo que les interesaba. Juana veía en ellos a los tres niños que había conocido de pequeños. Y los niños siempre son lo que comienza, una promesa. Todo a su lado es vejez y decrepitud. La rubia, Sofie, no era guapa ni fea. Graciosa, echada para adelante, vivía en Bélgica. Trabajaba en una empresa farmacéutica y chapurreaba nuestra lengua. María, la morena, española, con una cara preciosa, movía unas manos pequeñas como las de Juana para hacerse entender. Se dedicaba a la filosofía. El chico, Ben, rubio casi albino, decía ser alemán pero descendía de una familia que había vivido durante mucho tiempo en el este de Ucrania. Era físico. Mantenían una conversación en francés —ignoraba que mi amiga conociera el idioma— que seguí con dificultad. Saludé y me mantuve en silencio, amedrentado por la complejidad de lo que escuchaba. En ocasiones me sucede que entiendo poco de lo que se habla pero esa pequeña porción me parece emocionante. Y aquella fue una de esas veces. Juana también mantenía la boca cerrada, pero ella sí captaba los términos de la discusión. Aquella conversación me hizo penetrar mejor en los secretos de la nostalgia. Reconozco que me costó esfuerzo. Los jóvenes

hablaban del tiempo; no del tiempo atmosférico, sino de la duración de las cosas. María, la española, parecía enfadada con Ben, el físico. Sofie, la belga, de vez en cuando metía cizaña pero sin entrar en el debate. Se limitaba a tomarle el pelo al joven científico, un alma buena y algo cándida que no se molestaba. La filósofa le reñía porque lo consideraba responsable, como todos los físicos, de haber desarrollado una imagen del tiempo que, si no entendí mal, era muy peligrosa.

—Vosotros los científicos tenéis la culpa de que la gente piense que el tiempo es como el espacio —le decía.

No sé si comprendí bien. La española explicaba que el espacio es todo igual: un kilómetro es lo mismo que otro kilómetro, 15.000 kilómetros son lo mismo que otros 15.000 kilómetros. Se pueden cortar, pegar, partir, dividir. Pero el tiempo no se puede dividir en fragmentos similares. Todos los fragmentos del tiempo son diferentes y todos están unidos por una secuencia que no se puede separar. Un kilómetro de selva amazónica y un kilómetro de dehesa gaditana están separados, alejados. Pero no se puede separar el momento en el que nos acostábamos del momento en el que nos levantábamos. Al escuchar estos razonamientos me empezó a dar vueltas la cabeza. Pero no me marché. La española seguía moviendo las manos.

—El tiempo es como una melodía, como una película hecha de un millón de fotogramas enlazados —señalaba María—. Imaginemos a un peregrino que hace el Camino de Santiago desde Roncesvalles. Ha recorrido ya siete etapas. Pensamos que el tiempo que ha vivido es similar al espacio que ha caminado. Ha dejado atrás 210 kilómetros. Ese espacio que ha dejado a sus espaldas ya no está donde está el peregrino. Pero en el tiempo nada se queda atrás. El pasado no son etapas que se han superado. En la etapa número ocho del peregrino está el tiempo de las siete etapas anteriores. El tiempo siempre es presente. Si el pasado no está en el presente es como si, en cierto modo, no existiera.

La historia del peregrino la había entendido y por eso dejé de prestar toda la atención que requería la complejidad de la conversación. Ya tenía algo claro. Ben escuchó con mucha educación a María. Y cuando tomó la palabra, empezó a hablar de la teoría de la relatividad y de Einstein. Entonces tuve la certeza de que el debate se había acabado para mí. La española, a diferencia de lo que había hecho el alemán, le interrumpía continuamente con afirmaciones exaltadas. Sofie lanzaba comentarios irónicos sobre su pelo, sobre las arrugas de su camisa y sobre su costumbre de no hacer nunca la cama ni ordenar su cuarto. Me dio la sensación de que durante algún tiempo su convivencia había sido estrecha. No vi entre ellos el resquemor de las parejas que, después de separarse, siguen unidas por viejos resentimientos. Seguramente habían sido compañeros de piso y la puerta abierta del cuarto del alemán habría delatado sus costumbres. Aquel tiempo pasado de convivencia seguía estando muy presente.

Me pareció que a Juana se le insinuaba el comienzo de una sonrisa al escuchar a los hijos de sus amigos. Pero quizás fuera un espejismo. Nos despedimos sin muchas efusiones. La idea de que es un error pensar en el tiempo como algo que se queda atrás no se me iba de la cabeza. Y algunas semanas después comprendí que el sol negro de la nostalgia bajo el que había vivido Juana era un pasado sin presente. Mi amiga estaba encerrada en un pretérito lejano sin hoy, paralizada porque tenía el convencimiento de que la historia era parecida a una *road movie*. Para ella, los días, los años, los siglos, los milenios habían sido como ciudades con jardines, pueblos de piedra y humo, paisajes con campos rubios, pasos de nivel, cafeterías en las que te hablan desconocidos fascinantes... que un día estuvieron delante y ahora se habían hecho muy pequeños, convirtiéndose para ella en un reflejo lejano que aparecía en el espejo retrovisor, un reflejo del tamaño de un nanómetro, de la milmillonésima parte de un metro. Juana había vivido en ese pequeñísimo espacio irreal, creado con una memoria manipulada.

Me acordé de una de mis películas favoritas: *Thelma y Louise*. En especial de la escena final, en la que las dos protagonistas se lanzan al vacío con el coche en el que han estado huyendo, se lanzan a una existencia sin presente, aplastadas por un ayer que les ha dejado sin vida. El problema de los enfermos de nostalgia como Juana no es solo que se queden atrapados en el pasado. El problema es que ese pasado es algo tan lejano como un kilómetro de selva amazónica. Siempre van rezagados porque hacen de la vida y de la historia capítulos de una serie que ya han visto. Piensan, además, que el descapotable que conducen los hombres por la autopista del tiempo tomó una y otra vez la desviación equivocada. Estiman que no hay solución o que la única solución sería volver a un tiempo (otra vez lo del tiempo como si fuera espacio) que ya no existe porque lo han deformado con su imaginación herida. No se puede viajar al Imperio romano como se desplaza uno a la selva amazónica. Las personas sanas, las que no están enfermas de nostalgia, en cierto modo también viven en el pasado, pero ese pasado no se ha quedado atrás. Es un pretérito que se ha hecho presente. Quizás algo había empezado a cambiar esa tarde. Tuve la intuición de que aquella conversación comenzaba a sacarla de su mundo.

Ya he dicho —en realidad no sé si lo he dicho— que soy una persona que lee despacio. A veces, si un libro me gusta, puede que me dure seis meses. Antes de conocer a Juana había dedicado un otoño y un invierno precisamente a una historia en la que dos personajes, un padre y un hijo, recorren un camino muy difícil. Primero vi la película y luego me hice con el libro. Se llama —mira qué casualidad— *La carretera*. El padre y el hijo viven en un mundo devastado, las guerras lo han destruido casi todo, el cielo es gris, nunca amanece por completo, los pocos supervivientes de una gran catástrofe se comen entre ellos. No hay un lugar caliente donde reposar, no hay ni risas ni alegría. Cormac McCarthy, el autor, pone en boca del padre,

en el momento en el que se despide de su hijo, estas palabras: «Cuando sueñes con un mundo que nunca existió o con un mundo que nunca existirá en el que vuelvas a ser feliz, significará que te has rendido [...] y no puedes rendirte. No te lo permitiré». Mi letra no tenía tanta personalidad como la de Juana. Intenté, al menos, que fuera clara y con un bolígrafo de tinta negra reproduje, en un cuaderno a rayas, las frases del novelista americano. Arranqué la hoja, me la guardé en el bolsillo del pantalón y se la llevé a Juana. Antes de llegar al balneario, en el autobús, iba tan contento como el día que salí por primera vez de excursión con el colegio.

CAPÍTULO DOS

**UN BUEN HIJO DE LA CULTURA
OCCIDENTAL TIENE LA
VIDA POR DELANTE**

La mejoría que creía haber intuido duró poco. Juana volvió a perder vitalidad y se encerró de nuevo en la cárcel del pasado. Durante los días siguientes me recibió con un saludo escueto, con una mirada furtiva, apenas había posado sus ojos sobre mí los retiraba con un movimiento disimulado y sigiloso. Me sentía entonces un visitante clandestino. Y se me antojaba que la prudencia y la discreción recomendaban que me retirara. Pero las veces que me levanté para marcharme me hizo un gesto levísimo con la mano, dándome a entender que apreciaba mi compañía. Me quedaba allí, en silencio. Se oía entonces el engranaje del viejo reloj de pared. Tiraba del tiempo como un animal de carga. Escuchábamos también la respiración rocosa de alguno de los compañeros del hotel. En la sala de estar donde solía encontrarme con Juana regía una ley no escrita: todos los que la usaban, si mantenían una conversación, debía ser en voz baja para no molestar a los pocos que querían leer. El estrépito se

quedaba lejos, en la sala de televisión. En esos días Juana podía pasarse una hora entera sin decirme una sola palabra.

El diálogo, que nunca había sido fácil, se redujo al mínimo. Su huida de la realidad no le permitía extraer del presente experiencias sencillas o complicadas y conversar sin esfuerzo. Le resultaba casi imposible relatar una vivencia elemental como la satisfacción o la melancolía. Como la que me provocaba a mí, sin ir más lejos, ver las rosas del jardín. Eran rosas de otoño, pequeñas y abiertas. Sus pétalos, promesas blancas de una infancia perpetua. Tampoco se podía esperar entonces que Juana tuviese una inesperada reconciliación con el género humano. Es lo que me sucedía a mí cuando veía a Carmen, la enfermera que había estudiado Humanidades, tratar con ternura a una anciana que, ya muy torpe, intentaba dar algunas brazadas en la piscina.

Juana en esos días ni veía ni miraba. Al lazo que debía mantenerla atada a las cosas le quedaban pocos hilos. No podía decirme: «¡Qué bonitas están las rosas!, ¡qué misteriosa y fugaz es la belleza de estas flores y la belleza de todas las cosas hermosas!, ¡cómo me gustaría que durara para siempre!». No podía decirme: «Cuando veo a Carmen, me sorprende que alguien haga algo bueno. Me parece que todos deberíamos tratarnos bien, de un modo justo, como ella trata a la anciana torpe, como un padre trata a un hijo y un hijo trata a un padre». Juana no decía este tipo de cosas. Pero yo las pensaba delante de ella para que le llegaran vibraciones que pudieran animarla. Casi siempre que hablaba, quería que volviese a escuchar sus lamentos, sus últimos pensamientos. No eran razonamientos, sino sentimientos provocados —como ya he dicho— por alguna ofensa. Atendía a lo que me contaba pero nunca llegaba a entender quién había sido injusto con ella. No creo equivocarme, y espero no ser demasiado duro, pero en ese periodo era la misma vida la que la incomodaba. La vida en sus expresiones más triviales: el ruido del camión de la basura, las voces del

cocinero, el aliento del camarero, los mirlos que piaban antes del amanecer.

Y una tarde, al entrar en la sala que parecía un casino, la vi en animada conversación y supe que se había obrado de nuevo el milagro. Habían vuelto los niños. El alemán rubio y la belga descarada no estaban allí. Pero sí María, la filósofa que había conocido días atrás, que hablaba con Carmen. No hay que explicarlo. Ni María ni Carmen eran ya unas niñas. Pero, a los ojos de Juana, encarnaban la infancia, la que siempre vuelve sobre sus pasos, la que no da nunca nada por perdido. La que hace de cada día algo diferente.

Los ojos de Juana chispeaban mientras debatía con Carmen y María. La sangre volvía a correr por sus venas. El tema de la conversación era uno de sus preferidos: el lamento por el extravío de la cultura occidental, el llanto por el momento de la historia en el que Europa tomó el camino equivocado. Las dos jóvenes no se dejaban amedrentar y le respondían con suavidad. Creo que ninguna de las tres se dio cuenta de que había llegado.

—Vivimos una gran decadencia. —Juana lanzaba sus argumentos como un volcán—. Hubo un tiempo en el que habitábamos en un mundo bien ordenado. Las personas sabían cuál era su sitio. Se sometían a la tradición, no la cuestionaban. Primero creían en Dios. Luego creyeron en la igualdad, la libertad y la fraternidad. En cualquier caso, creían en algo. Pero ahora todo es decadencia y desorden.

Carmen escuchó a Juana, y cuando esta terminó se quedó en silencio los segundos necesarios para que pasara un ángel antes de contestarle.

—Juana, esta historia de la decadencia que nos estás contando es muy vieja. Hay quien dice que es inevitable, que ninguna civilización dura para siempre. Las personas nacen, crecen y mueren, y a las culturas les pasa lo mismo. Siempre hay mundos ordenados que están a punto de desaparecer sin que hayan surgido otros.

María, que era más descarada que Carmen, se atrevió a preguntarle a mi amiga por el color de sus creencias.

—Pero, Juana, ¿tú eres verde, azul o roja? ¿De qué tipo de naufragio hablas? ¿Se hunde el barco de los valores de siempre, se hunde el barco de la igualdad de oportunidades, se hunde el planeta porque la especie humana está empeñada en reproducirse, en mejorar su vida?

Estaba convencido de que la conversación terminaría en ese punto, después de lo que se podía interpretar como una falta de respeto por parte de María. La única duda que tenía era si el diálogo moriría sepultado en las arenas de un silencio pesado o con una reacción violenta. Me equivoqué. La interpelada, tan susceptible en otras ocasiones, estimó que le habían dado pie para explicarse.

—No digas tonterías. A mí no puede interesarme un pasado sin personas. No definiendo la vuelta a un planeta en el que no estemos. Ese no es el paraíso perdido que hay que recuperar, es el jardín de los delirios. No tengo nostalgia de ese mundo que no era mundo. Nadie más que Dios lo pensaba y lo disfrutaba. Es verdad que las personas podemos llegar a ser muy peligrosas. Pero no llevan razón los que dicen que nos hemos convertido en el animal más destructivo. El respeto a la Madre Tierra no me lleva a pensar que somos como el resto de los seres vivos, o incluso peores. Eso, repito, es fruto de la locura que sufrimos.

—Entonces, ¿de qué decadencia hablas? —intervino Carmen.

Juana se removió en el sillón orejero en el que estaba sentada y respiró con fuerza.

—Es una historia larga. Nuestra civilización ha abandonado su original modo de pensar y de sentir. Europa ha perdido sus raíces: la razón de Atenas, el derecho de Roma, el Dios de Jerusalén. Ya no habitamos en un mundo que se construyó lentamente. Era el mejor de los mundos. Los griegos nos habían enseñado a pensar con ideas claras y distintas, a

vivir en democracia. De los romanos aprendimos a administrar justicia, a construir caminos, a someter a los pueblos bárbaros. Roma cayó, pero en la Europa medieval, con paciencia, los monjes copiaron manuscritos, rotularon la tierra. Los artesanos levantaron catedrales de luz y de gracia, las primeras universidades recogieron y transmitieron el saber en muchas lenguas. Así se construyó una gran civilización.

—¿Y cuál fue la equivocación? ¿Cuándo se empezaron a torcer las cosas? —preguntó María con cierto tono irónico.

—Los siglos de oro se acabaron con el humanismo. Había que modernizarse, claro que había que modernizarse. Pero lo podríamos haber hecho de otra manera. Tomamos el camino equivocado. Supimos unir el pensamiento de los griegos y las verdades cristianas. Pero luego, insisto, cogimos la salida errónea. Hasta ese momento habíamos hecho ciencia, ahora no se reconoce, pero la gente de la Edad Media fue muy sabia. El problema surgió cuando empezamos a creernos que el modo de razonar que se utilizaba para descubrir los secretos del universo, las leyes de la física, o para fabricar queso era el mismo que había que utilizar para pensar en Dios y en los hombres.

—Juana, todo lo que nos estás contando es muy interesante. Y en buena parte es cierto —replicó Carmen con voz dulce—. No quiero detenerme ahora en el asunto del humanismo. Me parece más importante lo de los romanos. De ellos se puede aprender algo incluso más importante que el derecho. Dices que la civilización occidental se hunde. Pero Roma, en cierto modo, nunca defendió su cultura. Al menos tal y como nosotros entendemos qué significa defender una civilización. Los romanos construyeron un imperio que llegó hasta regiones desconocidas, alcanzaron un Oriente que sigue siendo lejano para nosotros. Pero, a su manera, eran gente humilde. Los romanos no eran occidentales, si ser occidental significa dedicarse a preservar algunas esencias. Iban por el mundo copiando, aprendiendo todo lo que les resultaba útil. Nunca

tuvieron el orgullo propio de los griegos, ese que los llevó a pensar que no le debían nada a nadie. Los romanos vieron el mundo como algo que tenían delante, no como lo que se queda atrás. Un ejemplo sencillo: a lo que nosotros llamamos «cuatro caminos» (*carrefour* en francés), en latín se designaba con la palabra *trivium* («tres caminos»). A los romanos no les costaba ningún esfuerzo reconocerse deudores de otros mundos que no eran el suyo. De hecho, la leyenda del fundador de la ciudad, Eneas, la protagoniza alguien que viene de fuera con un universo nuevo en su cabeza y su corazón. El héroe griego más conocido vuelve a su casa —Carmen hablaba del Ulises de mi abuelo—. El héroe romano más famoso nunca retorna, empieza en otro sitio. Se puede decir que los romanos tenían cierto complejo de inferioridad y eso es lo que les hacía grandes. Levantaron muros para defender su imperio pero no su cultura. La cultura romana era un camino, no una fortaleza.

Las palabras de Carmen eran comprensibles pero me distraje cuando mencionó la palabra *carrefour*. La cabeza se me fue, primero, a mi nevera vacía y, luego, a la imagen de una rotonda de tres carriles. El cuarto carril por el que se llegaba al cruce desaparecía al salir de él. Era inquietante. Al escuchar de nuevo a la enfermera, aún seguía hablando de Roma.

—Los romanos reconocían que ellos no eran ni los mejores oradores ni los mejores escultores. Tampoco los mejores astrónomos. Si fuéramos romanos no estaríamos siempre a la defensiva y mirando hacia atrás.

Carmen había ido elevando la voz y terminó no gritando pero sí algo enardecida. Me sorprendió porque no pensé que debajo de su dulzura hubiese un carácter tan sólido. Juana se sentía incómoda. Estaba acostumbrada a ser la más lista y la más leída del balneario. Su silencio, a menudo, era una forma de arrogancia. Tenía delante a dos jovencitas que no se oponían a las ideas que le habían servido para construir la fortaleza defensiva tras la que se refugiaba, pero las completaban y eso

le obligaba a bajar a la arena. No quería hacerlo. Perdió el control de sí misma. Por primera vez en mucho tiempo, en contra de su propósito, escuchó y respondió. María había entendido que, para conversar con Juana, era mucho más inteligente lo que hacía Carmen. La enfermera recogía los aspectos positivos de su discurso, no ahondaba en la herida, y respondía de un modo constructivo.

—Es verdad, Juana, que hemos sido injustos durante mucho tiempo con la Edad Media. Pero no podemos pensar, por ejemplo, que la alianza entre el trono y el altar, la religión de Estado, sea algo bueno, ¿o sí?

Aquí Juana cedió:

—Desde luego que no. Yo soy liberal.

En realidad mi querida amiga había incurrido en una tremenda contradicción. No se podía ser defensora de la Edad Media y, al mismo tiempo, liberal. Pero Juana no tenía construida una teoría muy elaborada. Simplemente cogía cosas de aquí y de allí para dibujar el cuadro del naufragio. Luego me di cuenta de que los restos que había en la playa y que ella utilizaba eran de barcos muy diferentes. Un día podía ser una defensora convencida de la Edad Media, una antimoderna recalcitrante, y al día siguiente exaltar otro periodo de la historia. Se trataba, en cualquier caso, de ensalzar el pasado.

—Juana —insistió María—, si eres liberal no puedes decir que todo se fue por el retrete cuando los europeos nos hicimos modernos. Antes hablabas del humanismo. El humanismo no se equivocó al poner al hombre en el centro del mundo. No es verdad que ser humanista sea necesariamente ser un individualista y un relativista, como dicen algunos. El Renacimiento respondió a una crisis —María intentaba imitar a Carmen y ser más comprensiva—, pero las crisis, como la de ahora, no son malas. Nos obligan a plantearnos problemas para los que ya no sirven las viejas respuestas. A los modernos, por ejemplo, cuando se preguntaban qué era la verdad, ya no les servía

que se dijera que era algo objetivo, algo evidente, algo que existía con independencia de si era o no conocida. Los modernos aseguraban que si no hay alguien que sabe que existe el sol, es como si el sol no existiese. Y eso fue un gran avance. Los modernos querían saber cómo alguien que conoce puede estar seguro de lo que conoce. Y eso también fue muy interesante. La verdad, la fe, el amor nunca están ganados para siempre. La verdad es como una sinfonía que suena cada vez de un modo diferente. Se parece a la relación entre los que se quieren, siempre está en crisis, siempre está muriendo y siempre está reviviendo. Cada crisis sirve para descubrir cosas que no sabíamos, que no habíamos experimentado.

María parecía haberse transformado. Ya no era la filósofa que manejaba las ideas como si fueran la navaja de un preciso bandolero. Era capaz de expresar ternura y utilizaba algunas imágenes que le daban plasticidad a sus explicaciones. Pero su alma quirúrgica y polémica reapareció cuando le formuló a Juana una pregunta envenenada.

—Si eres liberal no estás contra el avance que supuso la Revolución francesa. ¿O sí?

—Yo soy liberal —se limitó a responder Juana.

María se entusiasmó y dejó atrás la prudencia y la modestia a las que había recurrido durante los minutos precedentes.

—Juana, si eres liberal te gustará que la crisis a la que quería responder la Revolución francesa nos hiciera comprender que al poder hay que ponerle límites y contrapesos, que los hombres no han nacido para ser súbditos, sino protagonistas de su vida y de sus decisiones políticas. Pero si eres liberal no te puede gustar que la igualdad y la fraternidad se impongan sin libertad, cortando cabezas. Si eres liberal no aceptas los cambios conquistados por la fuerza de las armas o por la violencia de una revolución. Un revolucionario se parece mucho a un reaccionario. Los dos quieren provocar de modo violento el cambio, quieren acelerar o frenar la historia. Los revolucionarios y